

## Política de la Patada

Miguel Angel Granados Chapa

Una vez más, el título de estos renglones es engañoso. No se trata de la exclamación desalentada de alguien que hace el balance de su suerte en la actividad pública. No es, tampoco, el juicio moralista de quien supone que la acción de los políticos es algo que debe evitarse, por bajuna. Nos referimos a la política del futbol, o mejor dicho de los negocios asociados con ese popular deporte.

El lunes pasado fue electo el presidente de la Federación Mexicana de Futbol. "Contra todos los pronósticos", como escribió en estas páginas Antonio Armendáriz, fue electo no el candidato de Televisa, que durante décadas ha sido el *factotum* de ese espectáculo, sino una persona a la que el propio consorcio había intentado descalificar utilizando los peores instrumentos. Tal vez los conocedores de la entraña futbolística tengan razón al deplorar la elección, razonando que el arquitecto Francisco Ibarra no ha estado a la altura de las necesidades del balompié. Pero ese es otro cantar. Lo que aquí importa subrayar son las vinculaciones entre el futbol y el poder, entre ese deporte y la política.

Como negocio, el futbol es una actividad extraña. Casi nunca es rentable. Más a menudo es un barril sin fondo, en el que deben depositarse enormes sumas de dinero. Cada equipo puede contratar hasta cuatro futbolistas extranjeros, escogidos de un mercado inflacionario. Por ende, los precios que deben pagarse por su transferencia, verdadera compra que remite a los tiempos del esclavismo, son de suyo elevados, y más comparados con los niveles de montos que se estilan en el balompié mexicano. A pesar de esas importaciones de talento en los pies, la calidad del espectáculo, en general, ha declinado en términos que alejan de los estadios a los espectadores. Los ingresos por entradas son magros, y apenas alcanzan a ser mejorados por cobros adicionales, provenientes de la publicidad exterior en los propios cosas deportivos -o ahora en las camisetas de los equiperos- o de las concesiones para la venta de bebidas y alimentos.

El pago de fichas infladas, la cobertura de nóminas que no por magras dejan de ser pesadas, el costo creciente de los transportes, el absurdo tren de vida de los directivos, forman los rubros de egresos que son cada vez más lejanos de los ingresos. Se requiere, por lo tanto, que alguien subsidie la diferencia. En tal sentido puede hacerse una clasificación de los clubes. Los hay propiedad de algún empresario, o grupo de ellos que transforman las pérdidas futbolísticas en números rojos del resto de sus negocios, para efectos fiscales; o aun asumen las faltantes como pago a un ego hinchado o un justificado orgullo regional.

Otras veces son instituciones universitarias las que sufragan los déficit de los equipos que ostentan sus colores. Si nunca fue fácil justificar carencias académicas mientras había inversiones onerosas en el futbol universitario hoy, que la austeridad ha puesto a dieta mortal a los recursos de las universidades, es cada vez más complicado explicar a consejos y proveedores financieros que se canalicen montos relevantes a sostener oncenas que no siempre brillan en la cancha. Y, en fin, gobiernos estatales o municipales a los que todavía no alcanza la orden de adelgazar al estado y son propietarios, o casi, de equipos que hacen mencionable al gobierno en los ambientes deportivos. Los hay, lo decimos al último no porque sean los menos importantes, los que son propiedad de Televisa, que es piedra angular para entender el edificio de balompié mexicano.

Televisa, y de ello se beneficia Imevisión, ha solido pagar una miseria a los cables por la transmisión de los juegos. Quizá ya dañó para siempre al deporte, porque ha creado aficionados falsos, que no le son en realidad del juego mismo, sino de su apariencia en la televisión, y por eso no acuden a los estadios, porque serían incapaces de comprender o disfrutar el desarrollo de los acontecimientos sin la explicación de los cronistas. Mientras por esa causa los equipos han visto cegada una fuente de ingresos que en otros deportes y otros países es principalísima. Televisa ha ganado ingentes sumas de dinero. Por eso se ha mostrado renuente a negociar con la federación condiciones que mejoren la hacienda de los clubes. Y por eso pretendía retomar el control político de ese organismo, a fin de que fuera dirigido por uno de los suyos (sin embozo, abiertamente apoyaba a uno de sus ejecutivos) se restableciera el antiguo orden en que el futbol es como Televisa quiero que sea.

No pudo conseguirlo. De los 20 votos disponibles, su candidato obtuvo sólo ocho. Requería 11, y se suponía que los había conseguido. Pero con prudencia que algunos llamarán timorates el representante de los "Ates" de Morelia juzgó mejor no meterse en honduras y se abstuvo de viajar a la capital de la república. Dos clubes guanajuatenses, el Irapuato y el León, acaso infundidos de fervor panista (ya se sabe que en esa región el PAN es dominante, y que no está muy católico con Televisa) que Enrique Borja creía comprometidos con su candidatura le volvieron la espalda. Eso es propio de la veleidosa política de la patada, me ha dicho un conocedor. Mas, por lo pronto, de esa condición se ha desprendido la derrota de un gran poder que, por insólita, es preciso registrar y subrayar.